

Señora

M. Flora Yáñez de Echevarría

Santiago

Muy distinguida señora,

el año nuevo se inicia para mí bajo los mejores auspicios ya que me encuentra con el simpático volumen de sus "Visiones de la Infancia" en las manos. Con sumos interés y deleite he recorrido las las amenas páginas en que Ud. da notorias muestras de fina analista, de maestra en el estilo que más concuerda con su personalidad, lenguaje sencillo y correcto, siempre natural y como envuelto en el halo poético de las cosas pasadas. Su espíritu selecto ha sabido captar y mantener frescas y vibrantes aquellas primeras impresiones que golpean a las almas juveniles, aún vírgenes de experiencia y desencantos. Resucitadas por la mágica varilla del arte, vuelven hoy a la vida más amplias y precisas, esculpidas en la lengua que ha de hacerlas perdurables.

Tanto o más que en algún otro anterior libro suyo que me ha cabido en suerte hojear, éste la revela a Ud. como aguda conocedora de las almas, comprensiva de sus múltiples evoluciones y capaz de desentrañarlas y esclarecerlas en sus más profundas y recónditas raíces. Y éste, señora, a virtud de un don de poetisa que me parece infuso en sus obras todas. El hecho es que en estas páginas halle más de una imagen, más de un vigoroso pensamiento en que se condensan una idea o alguna emoción.

Circula a través de estas "Visiones" una suave aura de optimismo que tiende un velo sobre las asperezas y desengaños de la vida; ¡clara está; imágenes y memorias de una infancia no tocada aún por la realidad con su tosca y dura mano; Ellas son el fulgor auroral de la existencia, que Ud. guardaba en el alma y que ahora proyecta sobre el mundo para pasatiempo nuestro y también ¡ay; para delicadas añoranzas de aquello que un tiempo fué. Porque al leerla a Ud., uno se repite el profundo verso del poeta; "aimez ce que le monde ne verra pas deux fois" ¿Hay mayor melancolía que la contenida en estas palabras?

Hacen honor al amplio y seguro criterio de Ud. los juicios que le merecen algunos de los que fueron sus amigos, Carlos Silva V., Joaquín Díaz, y el inolvidable Paulino. ¡Cuán bien perfilados aparecen en estas páginas; Ud. los aprecia con simpatía que no excluye la imparcialidad y la clara visión. Y como los tres, en particular Carlos Silva, eran personajes de insigne mérito, estos esbozos de Ud., demasiado sucintos para lo que hubiésemos deseado, dejan en todo caso una gratísima impresión. ¡Qué bella tarea honrar a los muertos ilustres como Ud. lo hace; Ud. la ha cumplido a maravilla, con femenina delicadeza.

Acerca de este último punto ha de permitirme Ud., señora, una final observación; bellas y sinceras como son éstas sus apreciaciones críticas, ellas—por el estilo—desentenan un poco del resto del libro; acaso el periodista que habita en Ud. se superpone algo, con su fraseología abundosa y resonante, a la memorialista sencilla y sans apprêt que Ud. ha querido ser en toda esta obra.

Como artista de buena ley, posee Ud. la cualidad capital y determinante; la simpatía por todo y por todos; si nada^d deja de entender es porque todo la interesa y le inspira amor. Esta rara y preciosa virtud es la que presta a sus retratos tanta animación y relieve; sus personajes se mueven, actúan y piensan ante nosotros cual lo hicieran en tiempos de su efectiva existencia. Una de esas estampas, la que más me impresiona por la hondura de la observación y la exactitud con que percibe todos los nimios detalles que forman la realidad, es el de "la abuela Tupper"; es digno de cualquier preclaro psicólogo francés, admirable figura que se desprende del marco y a la que Ud. nos hace conocer cual si estuviésemos viéndola y escuchándola. La Bruyère no tendría que agregarle ni una coma. No menos acertados y fieles resultan asimismo otros esbozos que animan estas páginas.

Tan feliz como su don de pintar seres humanos es su vocación para el comercio con la naturaleza. La ve y la siente Ud. con admiración y amor, y en breves, rápidos rasgos logra mostrarnos los más sutiles y raras aspectos del paisaje, de la gran casa, del (sa) salón y biblioteca, del pintoresco campo en que alegres galopaban las cabalgaduras. Ud. nos hace partícipes de la complacencia con que observa ese mundo multiforme. Todas sus emociones - el vago terror de los niños; la fuerza de voluntad que lo vence, la ternura y la piedad, el respeto por los ancianos - hallan vívido y duradero eco en nuestro espíritu y lo deleitan o entristecen, según los casos

Por grato que me fuera prolongar esta conversación, la conciencia de estar robándole a Ud. tiempo y atención me fuerza a ponerle aquí término; aun la simpatía y la admiración por el talento, tienen sus límites que yo no debo transgredir.

Agradeciéndolo, pues, ¡y mucho! su gentileza de recrearme con sus "Visiones de la Infancia", déjeme cifrar en una palabra mi juicio y mi impresión respecto de ellas; Habrían captado plenamente la favorable acogida de don Eliodoro. ¿No le siente Ud. así?

Quiera Ud., señora, creerme siempre muy Atto. y S. S.

Rosalva Silva

Viña del Mar, 8 de Enero de 1948

PATRIMONIO UC